Mientras andaba en estos pensamientos, un coro de voces desafinadas y estridentes llegó en mala hora á sus oidos. Abrió la ventana, y allá en un recodo de la calle descubrió á los criminales autores de aquel atentado contra el buen gusto. La letra de la canción que rebuznaban era de lo más pornográfico que pueda imaginarse. Volvió á cerrar indignado y más á tiempo no podía hacerlo, pues en aquel preciso momento una piedra lanzada, según pudo conjeturar, por una mano vigorosa, fué á dar contra los batientes, moviendo gran estrépito. Después de esta hazaña, continuaron aún por largo tiempo aquellos desdichados su infernal escándalo y al fin logró Pablo conciliar el sueño, pensando en el Maestro ideal que más tarde ó más temprano ha de cambiar radicalmente el modo de ser de la sociedad española, llevando hasta los más ignorados rincones de la Península su bienhechora influencia y enseñando con los más variados y útiles conocimientos, esos signos de cultura que se traducen en el modo de vivir, amando de verdad al prójimo, especialmente sí éste es débil é indefenso; huir de los placeres groseros y buscar aquellas diversiones que alegran el espíritu sin embrutecerle; aplicar á la vida pública y privada todos aquellos progresos que la ciencia ha alcanzado y contribuyen al bienestar general, haciendo más agradable la existencia; despertar el gusto artístico que ha de acabar con la canción obscena de ritmo desagradable, sin inspiración; con los muros ennegrecidos y ese horror que parece sentirse en poblaciones reducidas por los tonos claros, alegres, símbolos de pureza, con la falta de ornato é hígiene, que hasta al más entusiasta por la vida del campo, le obliga á echar de menos las ventajas que bajo este punto reunen algunas ciudades.

. . . . . .

Ya el sol estaba en su meridiano, cuando Pablo abandonó X. Mas que personas, veíanse por las calles vagando con entera libertad, animales domésticos de toda especie, revolcándose en los estercoleros que se levantaban al lado de los portales. Tres ó cuatro mujeres y niños que alcanzó á ver, escondiéronse rápidamente al acercarse nuestro viajero. Cuando al fin hallóse fuera de la población, respiró satisfecho.

Tardos como él alcanzáronle al subir una cuesta que se hallaba á la salida del pueblo, verdadera tropa de mendigos que, según pudo comprender por la conversación que entre ellos sostenían, iban á pedir limosna á las aldeas circunvecinas y á la ciudad opulenta que distaba poco de allí y en esta